

Reportaje

Vivir el evangelio como Camilo

Danio Mozzi, Sacerdote de la Orden de San Camilo

Sabemos que Camilo no quería ser elogiado, incensado, señalado como alguien extraordinario. Él más bien quería, con todas sus fuerzas, ir al encuentro de la mirada de Dios y de su Hijo Crucificado y llevar al enfermo a este encuentro.

Esto es algo muy importante recordarlo, pues toda su labor y ministerio llevaba esta finalidad.

Camilo no se consideraba un predicador, pero le gustaba escuchar los sermones de los maestros predicadores de su tiempo. Camilo se sentaba en medio de la gente, sintiéndose a gusto en medio de ellos.

Pero, para Camilo, no era suficiente la Palabra escuchada. Ésta debía ser vivida, realizada. Encontramos resonancia de esta espiritualidad concreta, típica de su tiempo, que Camilo ha realizado en la dedicación total como enfermero y sacerdote en el cuidado y servicio corporal y espiritual de los enfermos y de los pobres.

El texto del Evangelio, llamado del Juicio universal, era muy querido por Camilo; con atención y acompañado de sus religiosos lo escuchaba cuando era predicado en alguna iglesia de Roma al iniciarse el tiempo cuaresmal.

El texto nos invita a pensar en nuestra vida, en una continua posibilidad de escoger hacer el bien, evitando el mal. Y eso no es novedad, pues el algo recurrente en la Biblia. La fe en Dios y hacer el bien son actitudes que caminan juntas.

Camilo estaba profundamente convencido de esto. En el momento de su conversión, toma conciencia de que estaba desperdiciando su vida. Si tenemos la suerte de encontrar algún “fraile”... que nos haga recapacitar de lo que estamos haciendo...

Desde ese día, Camilo decide no perder más tiempo precioso y consagrarse a Dios. Podemos entender que en él no era el peso de sus pecados lo importante, sino el sentirse amado por un Dios grande y misericordioso.

Esto último es la causa de su cambio, y restituye la misericordia experimentada sobre sí mismo, poniéndose a servir a los enfermos, aun los más contagiosos, arriesgando también su vida: “No hay amor más grande que este, dar la vida por sus amigos”.... ¿Cuáles eran los amigos de Camilo? Todos los que sufren, como Jesús: especialmente los enfermos y los pobres.

A Camilo le gustaba estar con Jesús, quería que siempre se orara o meditara de continuo en casa, por el camino y en los hospitales. Decía: “Ay de aquel religioso que se contenta con sólo la hora de meditación en la mañana, distrayéndose luego todo el día, porque éste se encontrará en la noche con las manos llenas de moscas y de viento”.

Camilo promovía así la búsqueda de la unión con Dios, para poderlo amar y servir en la mejor de las maneras. No tenía temor de dejar el rezo de breviario para responder al llamado urgente de un enfermo grave: para él era dejar a Dios para ir a atender a Dios. Vivía con profunda continuidad, oración y servicio.

Camilo poseía, de cierto, buenas cualidades de organizador, al haber sido por unos años Maestro de casa en el Hospital Santiago de los Incurables en Roma. Se preocupaba de que sus enfermos recibieran un alimento de calidad y daba órdenes precisas para que así fuera.

En el Hospital del Santo Espíritu y en todos los demás hospitales, si el alimento de los enfermos no era bueno y bien preparado, la carne de buena calidad, el vino perfecto, se quejaba con los proveedores. Camilo mismo con gusto cocinaba para los más necesitados, «encontrando muchas invenciones culinarias para darle gusto a ellos». A la hora de las comidas se prodigaba para servir y atender al mayor número posible de enfermos. Hasta aprendió a preparar el alimento para los niños. Cuando no le era posible encontrar alguna nodriza para dar de amamantar, iba en busca de alguna cabrita, remediando de este modo la falta de leche.

Muchas veces Camilo sentía presente la persona de Jesucristo en los enfermos cuando les daba de comer, les pedía a ellos perdón de sus pecados, y era tan respetuoso en su presencia como si estuviese en la presencia de Cristo, les daba de comer poniéndose él de rodillas. En el servicio de darles de comer a los enfermos, Camilo ponía tanta dedicación en hacer bien esa labor que parecía no tener otra cosa que hacer. Con una mano ofrecía el alimento en la boca, y con la otra espantaba las moscas o la agitaba para generar algo de ventilación. Con los ojos y su mirada, se mostraba compasivo de sus miserias. Con sus oídos estaba atento a obedecer a sus requerimientos: para él eran órdenes del amo. Con la lengua y su palabra los exhortaba a la paciencia y a huir de los pecados. Con el corazón oraba a Dios que le diese la gracia.

Así muchas veces, cuando el enfermo se levantaba de su cama, Camilo se quitaba sus chanclas para que el enfermo las utilizara para no caminar sobre el piso con los pies descalzos, también, para que no tuviera frío, lo cubría y calentaba con su manto.

En su época llegaban a Roma muchos peregrinos, que vivían un duro camino y experiencia penitencial, para visitar los lugares de la fe. El peregrino caminaba a pie largos tramos y calles, vivían de lo mínimo esencial y de la caridad de la gente. Camilo también se preocupaba por muchos de ellos. Naturalmente su atención iba ante todo a los peregrinos enfermos y a muchos incurables: los acogía, los alimentaba y curaba, llevándolos luego a algún hospital, especialmente al Santiago de Roma.

Cuando iba de viaje, al encontrarse de camino con algún pobre peregrino enfermo, de inmediato Camilo proveía algún caballo o alojamiento, dejando también, como el Samaritano del Evangelio, alguna moneda al responsable de la posada, para que cuidara de aquél.

Al llegar a alguna población que todavía no conocía, lo primero que hacía era ir a visitar los hospitales que hubiera. Ejemplo para sus religiosos, para que sirvieran a los enfermos y los visitaran consolándolos aun en sus domicilios. Y como hemos presentado antes, no sólo se limitaba a “visitarlos”.

Tampoco cerró sus ojos ante la situación de los encarcelados, mandó a algunos de sus religiosos enfermeros para curar a los que estuvieran enfermos en la cárcel en Roma.

Escribió a un co-hermano, enfermero jefe en el hospital de Milán: “Hagan todo de modo que no se falte de administrar los Sacramentos, que los enfermos puedan confesarse, y comulgar y recibir el Oleo santo y la recomendación del alma”. Tuvo el valor de cambiar la norma establecida, que prescribía que para recibir al enfermo en el hospital, éste tenía antes que confesarse y comulgar. Camilo, antes de esta atención espiritual muy importante, hace que primero se acoja al enfermo ofreciéndole un buen aseo personal con agua caliente y perfumada, rasurarlo y cortarle el pelo, vestirlo con ropa nueva y limpia, e invitarlo con una buena exhortación a recibir los sacramentos.

Cuando el enfermo agonizaba, Camilo igualmente cambió la costumbre de tapar la cara al moribundo o de cerrarle la boca, pues podía suceder que así se le sofocara aun estando vivo. Para los enfermos que fallecían en el hospital, Camilo dispuso que sus religiosos, en el momento de transportarlos a la morgue, lo hicieran con decoro y honroso acompañamiento. Exigía un gran respeto por los cadáveres, sacarlos de la cama sólo después de algún tiempo y llevarlo a la morgue con atención y decoro, no tirarlos en el piso de mal modo o dejarlos desnudos, cosa que era lo acostumbrado en aquel tiempo.